

P I S I S T R A T O

Mauro Zorrilla Hierro

**EDITA: PATRONATO MUNICIPAL DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA**

DISEÑO: LEONA

IMPRIME: GRAFICAS MINAYA, S.A. - GUADALAJARA

I.S.B.N.: 84-505-9531-2

DEPOSITO LEGAL: GU-129/1990

LISTA DE PERSONAJES

Los personajes marcados con un (!) acusan el paso del tiempo, envejeciendo unos veinte años entre la primera toma del poder por Pisístrato y la tercera. El resto de los personajes representa siempre la misma edad.

- (!) PISISTRATO: Joven general, primo de Solón, triunfador y atractivo. Tiene una gran confianza en sí mismo y una inmensa ambición. Según envejece, va transformándose de aventurero en hombre de Estado, abandonando la ropa militar la ropa militar por la civil.
- (!) MEGACLES: Jefe del clan de los Alcmeónidas, el más poderoso de Atenas. De edad mediana y porte distinguido, es un hábil negociador, que sabe plegarse a las circunstancias. Opina que a veces hay que cambiar todo para que no cambie nada.
- (!) LICURGO: Jefe del clan de los Eupátridas. Hombre mayor, codicioso y amargado, pues la familia de Megacles es más poderosa que la suya. Conservador a ultranza, está en contra de la política reformista de los Alcmeónidas, abogando por la fuerza para mantener sus privilegios.

VERDULERO: De edad mediana, con aspecto simpático de bon vivant.

MERCADER DE ESCLAVOS: Viejo, avaro. Los impuestos le traen loco.

CLIENTE: Mujer madura, de aspecto humilde.

DESDENTADO: Pequeño, miserable, sucio. Su boca es un gran agujero negro. Se toma las cosas con filosofía.

GUARDIA 1.º Y GUARDIA 2.º: Altos y fornidos, tan parecidos entre sí como sea posible.

MUJER 1.ª Y MUJER 2.ª: Mujeres del pueblo, de edad mediana y gesto resignado.

HERALDO: Joven atlético.

ESCLAVA BARBARA: Alta, rubia, hermosa, dócil.

SERVIDOR DE MEGACLES: No sabemos nada de él.

Vendedores, viandantes, esclavos, etc.

SOLON: Legislador de Atenas, innovador de la vida política de la ciudad. Hombre mayor, de aspecto muy fatigado.

(!) HIPIAS: Hijo de Pisístrato, astuto y codicioso. Animal político puro, concibe el pueblo como una herramienta a su servicio. Derrocado, se puso al servicio del emperador persa, enemigo de las ciudades griegas.

(!) HIPARCO: Hijo de Pisístrato, más preocupado por el placer que por la política. Pederasta, de aspecto sensual y, en cierto modo, benévolo.

HARMODIO: Joven noble ateniense, magnicida.

ARISTOGITON: Primo y amante de Harmodio. De aspecto ascético, su tono y gesto varían bruscamente del escepticismo al apasionamiento.

PARTIDARIO DE PISISTRATO: Hombre joven, de origen humilde. Nervioso e idealista, no comprende nada.

AGARISTA: Esposa de Megacles, hija del rey de Sicilia. Famosa por su riqueza, intenta mantener la belleza en su madurez. Aficionada a la política, sabe ser frívola y mundana cuando cree que es preciso.

HIJA DE AGARISTA: Muy joven, bella y mimada por su madre, reflexiona sobre su posición cuando no está bajo protección de la familia e intenta rebelarse, sin éxito.

VENDEDOR 1.º: Pequeño, desenfadado.

VENDEDOR 2.º: Lánguido, triste.

ESCENA 1.^a

(Una calle de Atenas que, por la izquierda, desemboca en el Agora. El fondo, cerrado por columnas tras las que se adivinan fachadas de casas, es ligeramente oblicuo, más alejado del espectador a la izquierda que a la derecha. Entre las columnas hay varios puestos de venta de verduras, extendidas en cestos, de cántaros y cerámicas, de aceite, etc.

Epoca, siglo VI aC.

Izquierda y derecha, las del espectador.

Al iniciarse la obra, la escena está llena de gente, bulliciosa y colorista. Los verduleros y el mercader de cántaros muestran su mercancía y regatean con los clientes. Un vendedor ambulante muestra a los transeúntes una bandeja de higos secos; otro, camina con un cántaro de aceite y una medida en la mano. Todos pregonan sus mercancías.)

VENDEDOR 1.º: ¡Higos! ¡Higos secos! ¡Higos de mis propios sicómoros, bendecidos cada año con la sangre de Dionisos!

(Un mercader de esclavos pasa de derecha a izquierda con varios esclavos, a los que guía con una vara, como si fuesen ganado.)

MERCADER: ¡Vamos, vamos, caminad con más gracia! ¿Es que queréis arruinarme? *(A uno de los esclavos)* ¡Tú, Desdentado, que no se te ocurra abrir la boca!

VENDEDOR 2.º: ¡El aceite más fino! ¡No rasca el paladar! ¡Aprovechaos, ay de mí, aprovechaos de la ruina de un honrado meteco! ¡Aceite! ¡Sirve también como linimento!

HARMODIO: ¡Muerte a los tiranos!

ARISTOGITON: ¡Muerte a Hiparco! ¡Muerte a Hippias!

(Ambos se abalanzan contra los tiranos, en medio de una gran confusión. La escolta contraataca y Harmodio cae, tras haber apuñalado a Hiparco. Hippias se refugia entre los vendedores, usando al Verdulero como escudo. Los clientes huyen entre gritos, mientras los vendedores intentan proteger sus mercancías. Por la izquierda asoman, curiosos, los esclavos que antes llevaba el Mercader de Esclavos. El Desdentado sonrío beatíficamente, mostrando una gran boca, toda negra. Mientras, la escolta desarma y reduce a Aristogitón, forzándole a postrarse ante Hippias. Este rechaza al Verdulero como a algo ya inútil, y derriba a Aristogitón de una patada.)

ARISTOGITON: ¡Cerdo! ¡Matadme ya de una vez!

HIPIAS: ¡No! Tú eres quien ha urdido este crimen y pagarás por él pelo a pelo. Mi hermano ha muerto...

ARISTOGITON: ¡También Harmodio ha muerto!

HIPIAS: ¡Ni aún después de muertos son iguales! ¡Guardias, encerradle! Que espere en una jaula su sentencia, como los cuervos que sacrifican algunos adivinos.

(Hippias recoge en brazos el cadáver de Hiparco, mientras los Guardias encierran a Aristogitón en una estrecha jaula, hecha con cañas o maderas, que cae sobre el proscenio, a la izquierda, casi fuera de escena. Hippias sale, llevando el cadáver de su hermano. Los Guardias le siguen. La escena queda desierta. La luz se desvanece rápidamente, a la vez que ...)

VERDULERO: *(A su cliente)* ¡No regatees más, noble señora!
¡Te llevas lo mejor de Atenas!

CLIENTE: ¿Desde cuándo lo mejor de Atenas es un cesto de manzanas verdes? Deberás darme, además, un ramito de perejil.

VERDULERO: ¡Así me pudra en los infiernos y Hades me dé cien patadas en el culo! ¡Llévate las manzanas y vete en buena hora!

CLIENTE: ¿Es ésta forma de tratar a la mujer de un artesano?
¡Toma tus manzanas y véndeselas a algún mercader de esclavos!

(Sale, muy digna.)

VERDULERO: ¡Ojalá revientes por tacaña, puta vieja!

(Todos ríen mientras la Cliente acaba de salir, por la izquierda. Un repentino redoble de tambor acalla el bullicio. Por la derecha aparece un heraldo, que anuncia):

HERALDO: ¡Paso a Hipias e Hiparco, tiranos de Atenas, hijos del gran Pisístrato!

(Todos callan con respeto, abriendo un camino entre ellos, de derecha a izquierda. Por la derecha aparecen Hipias e Hiparco, escoltados por dos Guardias armados. Ambos aparentan una edad mediana. Saludan con gesto afable a la gente que los rodea. De repente, con gran revuelo, aparecen por la izquierda Harmodio y Aristogitón, armados con puñales.)

ESCENA 2.ª

(... un foco ilumina la jaula de Aristogitón. Este se dirige al público.)

ARISTOGITON: Ni he matado, ni he muerto. No es de extrañar: jamás fui predilecto de la diosa Fortuna. ¡Diosa! ¡Ramera ingrata, más bien! *(Pausa)* Es igual. Nunca di demasiado crédito a los dioses, y no he de quejarme ahora por su abandono. Además ¿qué os voy a decir? ¿Alguno de vosotros ha conocido la benevolencia de un dios, de cualquiera de ellos? Sólo su cólera saben mostrarnos, a pesar de que les hemos regalado nuestros usos y costumbres, como si fuesen criaturas del hombre y no sus creadores. En fin, tarde es ya para filosofar: Harmodio ha muerto y yo no quiero pensar en lo que me espera... ¡Pobre Harmodio! Y pobre Atenas, entregada a la codicia de una familia de tiranos por más de cuarenta años... ¡Ay del orgullo de los atenienses! Un simple escribano tiene ahora más potestad que el descendiente de un semidiós, con tal de que sea afecto a los dictadores. Mirad si no a Megacles y Licurgo,

(Ambos aparecen a la derecha del escenario, iluminados por sendos focos, inmóviles como estatuas.)

antaño los más poderosos ciudadanos de Atenas. Sus familias salían triunfantes en todas las intrigas, en todas las batallas intestinas con que solíamos divertirnos los atenienses. Hasta los dioses y los héroes gustaban de matársenos entre sí, como bien sabréis. Pero Atenas es grande y parió un gran hombre que nos enseñó a convivir en paz unos con otros, discutiendo los asuntos de la ciudad en una asamblea cuyos

ESCENA 3.^a

(Al nombre de Pisístrato, se ilumina todo el escenario, con un gran golpe de timbal, a la vez que se apaga la jaula de Aristogitón. Pisístrato está a la izquierda del escenario, saliendo del Agora. La acción comienza con el golpe de timbal. Pisístrato, desde la izquierda, y Megacles y Licurgo, desde la derecha, se dirigen apresuradamente hacia Solón.)

PISISTRATO: ¡Justicia, Solón, justicia!

MEGACLES: ¡Escúchamos, Solón, Atenas corre peligro!

PISISTRATO: ¡Conjuran para asesinarme!

LICURGO: No prestes oídos, Solón. Todo el mundo sabe quién es aquí el que conjura para hacerse con el poder.

SOLON: No me agobiéis más con vuestras querellas. Hablad ante la asamblea y ella decidirá.

MEGACLES: Ya lo hice. Es como discutir con un mar embravecido.

PISISTRATO: ¡El pueblo sabe a quién debe apoyar! Ahora está votando la creación de una guardia armada que me proteja de intenciones asesinas.

SOLON: ¡Una escolta armada! ¿Quieres decir una guardia profesional, que obedezca tan solo tus órdenes? ¡Jamás se vio eso en Atenas! ¡Jamás!

LICURGO: No es difícil adivinar quién ha sembrado esa idea en el Agora, Solón.

miembros todos elegíamos. Este hombre ordenó la hacienda pública, hizo reconocer los derechos de campesinos y artesanos y redactó unas leyes con las que todos podíamos vivir en armonía. A estas leyes las llamó constitución, y al sistema entero, democracia. El se llamaba Solón.

(Un foco ilumina a Solón en el centro del escenario, también inmóvil como una estatua.)

Solón, el hombre que más ha hecho por el hombre desde que el mundo es mundo. Decían de él que descendía de Néstor, que es tanto como descender de los dioses mismos... *(Pausa)* Honradamente, yo creo que esto de la parentela tiene más contras que ventajas. Cualquiera sabe lo que ha sido de Néstor, y de los dioses mejor no hablar. En cambio, en esta tierra, Solón tenía una especie de primo segundo que hizo la carrera de las armas y ganó una gran batalla. Era valiente, atractivo, ambicioso y sabía halagar al pueblo. Se metió en política, sembró la cizaña entre unos y otros y aprovechó todas las oportunidades que le daba la democracia para erigirse en tirano y, así, destruirla o, peor aún, envilecerla. ¡Ojalá una mula hubiera coceado el vientre de su madre! Este hombre era Pisístrato.

PISISTRATO: *(Con sorna, a Megacles y Licurgo)* Esto último va por vosotros. Parece que el sabio Solón ha olvidado hoy las sutilezas de la diplomacia.

MEGACLES: Jamás Atenas tuvo nada que temer de los Alceónidas.

LICURGO: Los Eupátridas llevan generaciones entregando a la ciudad lo mejor de sí mismos.

PISISTRATO: ¡Mentira! No hay delito que desconozcáis a la hora de ensanchar vuestra fincas y vuestras minas. Robáis y matáis a quien se interpone en vuestro camino y, cuando no queda ya nadie con una dracma en la bolsa, os matáis entre vosotros. ¡Eso es lo único que el pueblo tiene que agradeceros!

SOLON: Son las instituciones las que deben darnos fuerza, no los individuos. Si quieres combatir a las grandes familias, tienes vías para hacerlo. Usalas, como yo las he usado.

(Por la izquierda se oye un gran griterío y entra corriendo un Partidario de Pisístrato.)

PARTIDARIO: ¡Pisístrato! ¡Tu petición ha sido aprobada!
¡La asamblea te aclama!

PISISTRATO: Dices bien, Solón. Usaré una nueva institución que el pueblo libre de Atenas ha creado: ¡mi guardia personal!

SOLON: ¡Desiste, Pisístrato! ¡Aún es tiempo!

PISISTRATO: Son vuestras intrigas las que han decidido al pueblo, no mis palabras.

MEGALES: ¡Nuestras intrigas! Hablas como si tú fueses un pajarillo inocente...

PISISTRATO: Yo debo plegarme a mi destino.

SOLON: ¡Locos! Vais a arruinar el mayor tesoro de Atenas, lo que la hace superior a otras ciudades.

PISISTRATO: Creí que te agradaría saber que mi vida estará pronto bien protegida. Incluso contaba con tu voz para apoyar la propuesta en la asamblea. Es algo que no me puedes negar, primo.

LICURGO: ¿No tienes ya a la mayoría de tu parte? ¿Qué más quieres?

PISISTRATO: Quiero la voz de Solón. Atenas dormirá más tranquila si la oye a mi favor.

SOLON: ¿Y aún te atreves a llamarme primo? ¿Tan mal me conoces que buscas mi apoyo para un disparate que sólo a un beocio se le ocurriría?

PISISTRATO: Me decepcionas, Solón. Esperaba otra cosa de un hombre de Estado.

SOLON: Es el respeto al Estado lo que me hace repugnante tu petición. No quiero que Atenas vuelva a ser presa de soldados aventureros y ricos propietarios.

ESCENA 4.^a

(Mismo lugar. Por la izquierda se sigue oyendo un gran alboroto, que se acerca y se aleja, dando la impresión de una multitud que recorriese la ciudad.)

MEGACLES: Nos ha amenazado de muerte. Tú lo has oído, Solón.

SOLON: Quizás sean sólo palabras.

LICURGO: Para mí es suficiente. Creo que ahora debemos olvidar nuestras diferencias, Megacles.

(Dos Mujeres aparecen corriendo por la izquierda, muy excitadas.)

MUJER 1.^a: ¡La guardia ya está reclutada!

MUJER 2.^a: ¡Se arman con grandes mazas de guerra!

(Las Dos Mujeres salen por la derecha.)

MEGACLES: ¡Sólo palabras! Sí, olvidamos nuestras diferencias, Licurgo. Gobernamos familias que llevan generaciones compitiendo entre sí, pero estamos del mismo lado de la raya. Combatamos juntos la influencia de Pisístrato.

LICURGO: Así sea. ¡Maldito advenedizo! Quizás tú tengas alguna responsabilidad en su conducta, Solón.

SOLON: Bien sabéis que no apoyo a Pisístrato. Tu codicia

PISISTRATO: ¡Es tiempo de empezar a caminar! Tú y yo nos necesitamos, Solón. Piensa en ello. Y vosotros (*a Megacles y Licurgo*) cuidado con lo que hacéis, que Caronte está ansioso por ser vuestro piloto.

(Pisístrato y su Partidario salen por la izquierda.)

SOLON: ¡Qué sabes tú de lo que asusta a los atenienses! La tierra no arde, las minas no arden, parientes poderosos cuidan vuestros intereses en otras ciudades... Para vosotros, esto es un juego en el que nunca podéis perder.

MEGACLES: Dejemos esto, Solón. Tu amargura no me resulta hoy demasiado grata. Pongamos primero a salvo nuestras personas y fortunas, y ya discutiremos luego de política.

LICURGO: ¿Vienes con nosotros, Solón?

SOLON: No. Iré a Chipre, donde tengo buenos amigos.

MEGACLES: Tú también, entonces, temes morir a manos de Pisítrato.

SOLON: Te equivocas. Lo que temo es morir de asco.

(Solón sale, bruscamente.)

LICURGO: ¡Qué se vaya en mala hora! Ya me tiene harto, con su maldita manía de reñirnos como si fuésemos muchachuelos.

(Licurgo se vuelve hacia donde ha salido Solón.)

¡Buen viaje, sabio Solón! ¡Ya no te necesitamos!

MEGACLES: Querrás decir que Atenas ya no le necesita.

LICURGO: ¿No es eso lo que dije? Vayamos ahora y preparémosnos para un larga lucha.

(Salen ambos, por la derecha.)

te hace ser injusto, pero eso es algo que sé de antiguo. No creáis que he olvidado lo que costó arrancaros alguno de vuestros privilegios, en los primeros días de la democracia.

LICURGO: Eso que llamas privilegios era lo que hacía gobernable nuestra ciudad.

MEGACLES: Cierto. Y, aún así, a los Alcmeónidas no nos dolieron prendas a la hora de renunciar a ellos, cuando Atenas nos lo pidió.

LICURGO: Fuisteis demasiado blandos. Por vuestra debilidad, todas las grandes familias quedamos desvalidas.

SOLON: ¿Oyen bien mis oídos? ¿Acaso salen de vuestras bocas palabras como renuncia, debilidad, desvalidos? ¿De quién son, entonces, las fincas, el ganado, las minas y los esclavos? ¿De Atenas, o vuestros? La democracia os frenó un poco, pero nada más. Jamás renunciaréis a vuestros privilegios, ni en Atenas, ni en ningún otro lugar. Ni ahora, ni nunca.

MEGACLES: ¡Somos nosotros quienes hemos hecho posible la democracia!

SOLON: No, la habéis hecho imposible, al menos tal como yo la quería. Tal como la gente sencilla la quería. Esto es ya una farsa, el cascarón abandonado de un polluelo que ha muerto aplastado por una yunta de bueyes. Ahora volverán las luchas, morirán los jóvenes y arderán las casas de los pobres.

LICURGO: ¡A los atenienses jamás nos asustó el combate!

ESCENA 5.^a

(Al salir Megacles y Licurgo cambia la luz de la escena, con tonos desapacibles y cambiantes, rojizos, violetas, azules. Fuera de escena suenan gritos de mando, vocerío, lamentos de mujeres. Los personajes van entrando y saliendo rápidamente de escena, acompañados por cambios rápidos de luz, subrayadas sus palabras por instrumentos de percusión. El Mercader de Esclavos, el Verdulero y los Vendedores 1.º y 2.º de la Escena 1.ª forman el Coro, situados a la derecha del escenario.)

PARTIDARIO: ¡Despierta, pueblo de Atenas! ¡Pisístrato está asaltando la Acrópolis! ¡Corred en su ayuda!

(El Partidario de Pisítrato sale.)

CORO: Sin estabilidad, la venta de verduras es una ruina. Corred, ayudad a Pisístrato, y él nos ayudará.

MUJER 1.ª: ¡Mi hijo es de la guardia de Pisístrato! ¡Con su gran maza golpea a quien se pone en su camino!

(Sale.)

CORO: Sin estabilidad, la venta de aceite es una ruina. Corred, ayudad a Pisístrato, y él nos ayudará.

MUJER 2.ª: ¡Pisístrato es dueño de la Acrópolis! ¡Nada detiene su furia! ¡Todos se rinden a su poder!

(Sale.)

VERDULERO: *(Al Vendedor 1.º)* Y tú podrás vender sabrosos higos y sacar así un buen rédito a tus higueras.

VENDEDOR 1.º: *(Al Vendedor 2.º)* Y tú podrás vender tu aceite y labrarte una posición.

VENDEDOR 2.º: *(Al Mercader)* Y tú podrás vender tus esclavos y ampliar el negocio con los enemigos del nuevo régimen.

MUJER 1.ª: Mi hijo ha muerto. Tenía diecisiete años. Tan solo un fino bozo apuntaba en su labio.

CORO: ¡Loor al héroe imberbe!

(Entran el Partidario de Pisístrato y la Mujer 2.ª)

PARTIDARIO: ¡Pisístrato es amo de Atenas!

MUJER 2.ª: ¡Las calles están rojas de sangre!

MUJER 1.ª: ¡Es la sangre de mi hijo! Sólo tenía diecisiete años y quería ser marino.

MUJER 2.ª: ¡Las armas están rojas de sangre!

CORO: Sangre fecunda. Loor a los héroes.

MUJER 2.ª: ¡Mucha gente del pueblo ha muerto!

PARTIDARIO: Esta batalla será la última de la historia de Atenas. La batalla que acabe con las batallas.

MUJER 1.ª: Quería ir a las colonias.

CORO: Sin estabilidad, la venta de higos es una ruina. Corred, ayudad a Pisístrato, y él nos ayudará.

MUJER 1.^a: ¡Mi hijo, el poderoso guardia de Pisístrato, ha muerto! ¡Partió en dos su gran maza sobre un yelmo y fue alanceado como un toro! ¡Pisístrato ha tomado la Acrópolis, pero yo he perdido a mi hijo!

CORO: Sin estabilidad, la venta de esclavos es una ruina. Corred, ayudad a Pisístrato, y él nos ayudará.

MUJER 1.^a: *(Al Coro)* ¡Cómo podéis hablar de negocios, cuando mi hijo ha muerto!

CORO: ¡Loor al héroe! ¡Tu hijo ha caído por la patria! ¡Loor al héroe!

MUJER 1.^a: ¡No! El no quería ser héroe. Tenía sólo diecisiete años. Quería ser marino, desde niño quería ser marino. Quería navegar hasta las colonias más lejanas y ver esos países donde los prodigios son obra de cada día. Ahora sólo conocerá las aguas inhóspitas de la Estigia.

CORO: Era un héroe. Levantaremos una estatua en su honor.

MUJER 1.^a: Pobre mi niño, no debí dejarte ir a la guerra. ¡Qué nos importan a nosotros el aceite, los higos y las minas de plata!

(Los componentes del coro discuten entre sí)

MERCADER: Esta pobre mujer no ve el gran honor que le ha correspondido. Gracias al héroe, tú *(al Verdulero)* podrás vender tus coles y ganar un honesto beneficio.

MUJER 1.^a: Manejaba el arco como el hijo de un dios.

MERCADER: Yo vendo esclavos, gran señor, pero si vas a emprender alguna guerra digna de tu fama, te puedo ofrecer los mejores caballos de Tesalia.

(Entra el Partidario de Pisístrato.)

PARTIDARIO: ¡Ya no habrá más guerras! Megacles ha huido con todos los Alcmeónidas, y Licurgo y sus Eupátridas no son más que una nube de polvo en el horizonte. ¡Pisístrato es el orden y la paz!

GUARDIA 1.^o: La paz, no. ¡La victoria!

MUJER 1.^a: Una adivina predijo que moriría viejo de ochenta años, rico y respetado.

VENDEDOR 1.^o: Guardo en mi almacén algunas lanzas que te serán de utilidad, gran señor. Además, su precio es excelente.

PARTIDARIO: ¡Esas lanzas proceden de la casa de Megacles! Con mis propios ojos he visto el saqueo, con mis manos he ayudado a transportarlas. Se nos ha dicho que iban a ser destruidas, para que no haya más armas en Atenas.

MUJER 1.^a: El corazón de la paloma brillaba como un rubí. La adivina jamás había visto tan buenos augurios en las entrañas de un ave.

GUARDIA 2.^o: *(Al Partidario)* ¿Qué sabes tú de los negocios de gobierno? Límitate a obedecer a nuestro general. El sabe lo que es bueno para Atenas.

(Se oye una gran algarabía fuera de escena y entra Pisístrato por la izquierda, acompañado por dos Guardias. Los tres vienen sucios y con las armas ensangrentadas.)

PARTIDARIO: ¡Gloria a Pisístrato, príncipe de Atenas! *(Sale)*

(Los miembros del Coro se postran ante Pisístrato, con reverencia. Las dos Mujeres quedan hablando entre ellas, en un rincón; su conversación se oye a trozos, en segundo plano.)

CORO: Nuestros mejores votos para tí, gran señor.

(Los Guardias hacen mención de apartarlos con violencia, pero Pisístrato los detiene con un gesto.)

MUJER 1.^a: A los doce años ya era tan rápido como el más ligero de los centauros.

PISISTRATO: No, dejadles. Son buena gente, que no quiere más que orden y paz, para que sus negocios prosperen.

CORO: Dispón de nosotros, gran señor.

PISISTRATO: Yo soy el orden y la paz. *(Al Verdulero)* ¿A qué te dedicas?

VERDULERO: Vendo coles y manzanas, gran señor.

PISISTRATO: ¡Ejemplar oficio!

VERDULERO: Pero, si lo necesitas, también te puedo suministrar excelentes escudos, hechos con el mejor bronce de Calcedonia.

poner orden y tranquilidad en el caos. Hace muchos años que lo sé.

MERCADER: Cuenta con nosotros, gran señor. No pedimos más que las gotas que salpiquen de tu baño de gloria y riqueza.

PARTIDARIO: ¡Pero tú ibas a liberar Atenas de las garras de los poderosos!

PISISTRATO: Ya lo hice. Con tu ayuda, por cierto. Verás que no me olvido de tí: te nombro jefe de levás. Necesito quinientos hombres de armas antes del otoño.

PARTIDARIO: ¡No! Dijiste que no iba a haber más luchas en Atenas. ¡No buscaré soldados para tí, traidor!

(Los Guardias se abalanzan sobre él y le golpean.)

GUARDIAS: ¡Perro! ¡Respetá al príncipe!

PISISTRATO: ¡Ay de tí, ingrato! ¡Encerradlo en un calabozo hasta que muera! *(Al Coro)* Adiós, amigos. Espero tener pronto vuestras mercaderías.

CORO: Sí, gran señor.

(Pisístrato sale, seguido por los Guardias, que llevan a rastras al Partidario.)

VERDULERO: Ya tenemos orden y paz.

VENDEDOR 2.º: Yo puedo ofrecerte arcos de cuerno de macho cabrío y las más mortales flechas de toda la Hélade. Tus enemigos caerán sin saber de dónde les vino la muerte.

PARTIDARIO: ¡Esos arcos fueron tomados de los almacenes de Licurgo! Se nos dijo que el fuego los iba a devorar, para aniquilar su potencia asesina.

PISISTRATO: Mi destino necesita esos arcos y esas lanzas para cumplirse tal como los dioses lo desean. ¡Sería blasfemo ir contra esos deseos!

PARTIDARIO: *(Al Coro)* ¡Megacles ha huido, Licurgo ha huido, pero vosotros proseguís con su labor donde ellos la interrumpieron! ¿Para qué tanta sangre, entonces?

GUARDIA 1.º: ¿Acaso te opones a nuestro general?

CORO: Los hombres no importan. La mercancía exige ser comprada y vendida.

PISISTRATO: Es fácil reponer un hombre. Sólo las cosas tienen un valor real. Todo gobernante lo sabe.

MUJER 1.ª: Le llenaron la cabeza con ideas de gloria. Le dieron una gran maza de guerra. Yo estaba orgullosa de verle así, ¡loca de mí!

PISISTRATO: *(Al Coro)* ¡Ay, si Zeus me hiciese dueño de uno de sus rayos, de un rayo que aniquilase a los hombres dejando intactas las cosas! Con un rayo así, yo convertiría este mundo en un paraíso y hasta los propios dioses desdeñarían el Olimpo como lugar inferior. Ese es mi destino,

ESCENA 6.^a

(... se enciende la luz sobre la jaula de Aristogitón.)

ARISTOGITON: *(Al público)* Así es como ocurrieron las cosas. Pisístrato gobernó con mano dura, aunque, eso sí, con mucho “orden”. Se apoyó sobre todo en los pequeños artesanos y en los campesinos, acorralando cada vez más a las grandes familias, deseoso de que sus fortunas pasasen a poder de gente de su confianza, cuando no de él mismo. Su reinado fue malo para Atenas, pues destruyó la obra de Solón de la forma más páfida: aparentando respetarla envenenó la vida democrática mediante la corrupción y la violencia encubierta, hasta volverla estéril. Era malo, pero muchos decían que su ausencia sería aún peor. De este miedo del pueblo extraía el tirano la fuerza necesaria para seguir al mando absoluto de todo. Tan seguro estaba Pisístrato de ser temido que se volvió negligente con sus enemigos. Peligrosamente negligente.

(Un rincón del escenario se ilumina débilmente. Un grupo de hombres, inidentificables, vestidos con ropas oscuras, murmuran entre ellos con aire de conspiración.)

En el exilio, Megacles y Licurgo habían unido sus esfuerzos para expulsar al usurpador. Al fin, la insatisfacción y el oro fueron más fuertes que el miedo.

(Mientras Aristogitón habla, se han ido apagando las luces del escenario. Otras luces, también tenues, se encienden en otro lugar del escenario.)

VENDEDOR 1.º: Y un gobernante sensato, que sabe ser generoso con sus proveedores.

MERCADER: Y unas buenas guerras en perspectiva, que ensancharán nuestros mercados. La intendencia nunca ha sido un mal negocio.

VENDEDOR 2.º: Y nuestros competidores serán denunciados por traidores, de forma que podremos poner los precios a nuestro antojo, siempre que respetemos la comisión del príncipe.

CORO: ¡Qué hermoso es sentirse patriota!

(El Coro sale, quedando solas en escena las dos Mujeres.)

MUJER 2.ª: Ven, te llevaré a mi casa. Quizás mis hijos te sirvan de consuelo.

MUJER 1.ª: Aún no había conocido mujer. Su aliento era como el soplo del alba. Pero le dieron una gran maza y le mandaron a luchar.

MUJER 2.ª: Debías haberle escondido en tu bodega.

MUJER 1.ª: ¡Yo estaba tan orgullosa de su fuerza y de su belleza! Tenía diecisiete años, ¿sabes?

MUJER 2.ª: Sí.

(Las dos Mujeres salen. La escena se apaga, a la vez que...)

ESCENA 7.^a

(... se enciende el escenario. El decorado representa ahora una sala de la casa de Megacles. Hay dos entradas, una grande, al fondo, y otra más pequeña, a la derecha, que comunica con el resto de la casa. El mobiliario consiste en varios asientos distribuidos por la pieza y, a la izquierda, un mesa pequeña en la que hay un cántaro de vino y varias copas de estaño. Licurgo camina de un lado a otro del escenario, iracundo, mientras Megacles sentado junto a la mesa, bebe una copa de vino, espiando los movimientos del otro.)

LICURGO: ¡Maldita sea, no y mil veces no! ¡Jamás te cederé una parte de mi comercio con Rodas!

MEGACLES: Piénsalo bien. Con mi ayuda, podrías renovar tu vieja flota. Unos barcos mayores y más veloces significan mayores beneficios.

LICURGO: ¡No finjas! Soy más viejo que tú y conozco todos esos sucios trucos.

MEGACLES: Por favor...

LICURGO: Sí, sé que han llegado hasta ti rumores ... ¡rumores falsos y malintencionados! ¡Asquerosas calumnias!

MEGACLES: Te aseguro que estás equivocado. No sé de qué rumores me hablas.

LICURGO: Sí, se dice que los Eupátridas estamos llegando al final del camino, que nuestra familia se desmorona... ¡Falso! ¡Aún somos los más poderosos ciudadanos de Atenas!

Cogido de sorpresa, Pisístrato tuvo que huir.

(Pisístrato y varios hombres y mujeres cruzan sigilosamente la escena de izquierda a derecha con paso furtivo, cargados con fardos. Cuando salen, la luz del escenario se apaga de nuevo.)

Los Alcmeónidas, los Eupátridas y otras poderosas familias, la mía entre ellas, volvieron a gobernar a través de los arcontes que la asamblea elegía según sus indicaciones. Pero esto no iba a durar mucho.

(Se apaga la luz de la jaula de Aristogitón, a la vez que...)

para rebajar su crédito y conseguir el control de su flota mercante. Ahora sólo es cuestión de tiempo.

AGARISTA: Pero si Licurgo desaparece, el equilibrio político de la ciudad se romperá. No olvides que este año tenemos excedentes de aceite y cereales, y necesitaremos unos meses de paz para venderlos. Quizá sea más prudente esperar al año próximo, ¿no crees?

MEGACLES: Todo está pensado, esposa mía. Tengo una sorpresa que te gustará. (*La abraza con cariño*) Estoy muy orgulloso de ti, Agarista. Conoces los asuntos de gobierno con más profundidad que la mayoría de los hombres. ¡Con razón eres una princesa de sangre real!

AGARISTA: Todo lo que sé, lo he aprendido de mi padre y de ti. (*Frívola*) Y volviendo a lo de antes, creo que el año próximo Atenas necesitará una guerra. Una cosa pequeña, nada de meternos con esos horribles lacedemonios. He visto en la calle demasiados jóvenes ociosos, y hay que dar a los dioses la oportunidad de que elijan a sus favoritos. ¡Oh, adoro a los héroes!

MEGACLES: (*Riendo*) Quizás se haga así. También podemos enviarles a fundar una colonia.

AGARISTA: (*Con desprecio*) ¡Una colonia! El prestigio de Atenas exige una guerra. ¡A quién se le ocurre, una colonia!

MEGACLES: Sea, tendrás tu guerra. Y tu guerrero también. (*Un Servidor asoma por la puerta del fondo.*)

SERVIDOR: Un hombre quiere verte, mi señor.

MEGACLES: Todo el mundo está de acuerdo en eso, amigo mío. Esos rumores los has debido de soñar en una noche de indigestión. *(Entra Agarista, esposa de Megacles, por la puerta de la derecha)* Agarista te podrá decir que en mi casa se os respeta más que a nadie. ¿No es así, esposa mía?

AGARISTA: *(Duda y se muestra diplomática)* Por supuesto. Siempre ha sido un honor para nosotros recibir a gente de tu linaje.

LICURGO: ¡No os creo! Me estáis tendiendo una trampa, pero yo sé muy bien lo que debo hacer.

AGARISTA: Cálmate, Licurgo. ¿No deseas una copa de vino fresco?

(Se dirige a la mesa y toma una copa para ofrecérsela a Licurgo, pero éste la rechaza airadamente y va hacia la puerta del fondo.)

LICURGO: ¡Os conozco bien! ¡Tenéis almas de ave carroñera! ¡Pues sabed esto: antes de que os quedéis con mi flota a cambio de cuatro baratijas prefiero verla hundida! *(Licurgo sale.)*

MEGACLES: *(Cuando Licurgo ha salido, irónico.)* Hasta pronto, amigo. Y vigila bien tus espaldas.

AGARISTA: ¿Qué le ocurre? Os oí discutir desde mis habitaciones.

MEGACLES: No te preocupes. Licurgo está acabado. He hecho correr la voz de que los negocios de su familia van mal,

muestra de mi respeto hacia ti y tu familia. (*Pisístrato entrega una ajorca de oro a Agarista, que la acepta desconcertada, mirando a su esposo en busca de una explicación.*)

AGARISTA: Muy... muy amable por tu parte, Pisístrato. Hacía tiempo que no te veíamos ... (*a Megacles, desconcertada*) ¿no es así, mi señor?

MEGACLES: Esta es la sorpresa que te tenía reservada, Agarista: desde hoy, Pisístrato y los Alcmeónidas lucharemos juntos por el bien de Atenas.

AGARISTA: Ah, juntos ...

PISISTRATO: Sí, juntos y de común acuerdo. Si algún día hubo alguna desavenencia entre nosotros ...

MEGACLES: (*Interrumpiendo*) Cosas sin importancia. Bagatelas.

PISISTRATO: ... estoy seguro que no fue culpa vuestra ni mía.

MEGACLES: Sembraron la cizaña entre nosotros.

AGARISTA: (*Sentenciosa*) Hay gente muy mala. Muy mala.

MEGACLES: Así que he decidido apoyar a Pisístrato para que de nuevo gobierne en Atenas.

AGARISTA: (*Ocultando su sorpresa*) ¡Ah! Excelente idea. (*Lleva a un aparte a Megacles*) ¿Te has vuelto loco? ¿Qué ganaremos nosotros apoyando a un hombre que ha sido nuestro enemigo?

MEGACLES: ¿Dijo su nombre?

SERVIDOR: Ni aún su rostro me ha dejado ver.

MEGACLES: Es él. Hazlo entrar.

AGARISTA: ¿Otra vez con tus citas secretas de negocios?

MEGACLES: Aún mejor. Y ahora, te ruego que seas amable con nuestro invitado.

(El Servidor asoma de nuevo por la puerta del fondo.)

SERVIDOR: El visitante, mi señor.

(El Servidor se hace a un lado y entra un hombre envuelto en su túnica, ocultando en ella su rostro. El Servidor se retira y cierra la puerta. Megacles saluda efusivamente al recién llegado.)

MEGACLES: ¡Querido amigo! No sabes lo que me alegra que encontraras interesante la propuesta hecha por mis enviados.

AGARISTA: *(Enfadada)* ¿Voy a ser tratada como la última de las esclavas? ¿Desde cuándo se me ocultan los negocios de la familia?

(El hombre deja al descubierto su cara. Es Pisístrato. Saluda a Agarista con gran respeto.)

PISISTRATO: Perdona esta farsa, noble Agarista. Sólo la prudencia nos ha forzado a ella. Y acepta este regalo como

PISISTRATO: No, nada de eso. La nulidad está basada en un defecto de forma: el arúspice examinó las vísceras de un cuervo en mi anterior boda... Bueno, realmente no se la puede llamar así...

AGARISTA: ¿Y qué pasó con el cuervo?

PISISTRATO: Supongo que moriría. Después de todo, le habían arrancado el hígado... pero ésa no es la cuestión. Lo importante es que, siendo yo militar, el arúspice tenía que haber mirado las vísceras de un gallo, no de un cuervo. ¿Entendéis?

MEGACLES: Está claro como el agua.

AGARISTA: O sea, que como no hubo gallo, no hubo boda.

PISISTRATO: Exacto. La ley es la ley. (*Enfático*) Para todos.

AGARISTA: ¿Y... y los niños? (*Vuelve a indicar con la mano la estatura de un adulto.*)

MEGACLES: Agarista, esposa mía, ¿no irás a pedir cuentas a Pisítrato por todos sus pecadillos de juventud? ¡En un hombre de su fuerza, prodigio es que la mitad de los recién nacidos de Atenas no provengan de su verga!

AGARISTA: (*Saliendo por la derecha*) Voy entonces a buscar a la niña para hacerle saber su buena estrella. (*Sale.*)

MEGACLES: Como ves, todo marcha bien. (*En tono ya de negocios.*)

PISISTRATO: Para mí ha sido un gran sacrificio abandonar a

MEGACLES: (*Aparte, a Agarista*) No te inquietes. Aún no han acabado las sorpresas. (*Alto*) Y ahora, Pisístrato, hablemos de tu boda con nuestra hija.

AGARISTA: ¿Boda? ¿Con nuestra hija? (*Se abanica, histérica*) Ah, excelente idea. Sí, excelente.

PISISTRATO: Gracias por dar tu aprobación, noble Agarista. Siempre recordaré este momento.

MEGACLES: ¡Brindemos a la salud de los novios! (*Sirve tres copas y toman una cada uno.*)

AGARISTA: Noble Pisístrato... esto... hijo... ¿puedo llamarte ya así?

PISISTRATO: Nada me honrará más... (*histriónico*) ¡Madre!

AGARISTA: Pues verás... estaba yo pensando... aunque ya sabes, esta cabeza mía... pero ¿tú no estabas casado, y con varios hijos ya... crecilitos? (*Agarista indica con su mano la estatura de un adulto*):

PISISTRATO: Dices bien, madre. Estaba casado. Ayer mismo repudí a mi mujer. Perdona que no entre en detalles... ¡fue todo tan desagradable! Imagínate, resulta que nuestro matrimonio no fue válido. Hemos vivido estos años amancebados. ¡Amancebado yo, un descendiente de Néstor, un primo del gran Solón!

MEGACLES: ¡Pobre hijo mío!

AGARISTA: Espero que la nulidad no proceda de algún problema... esto... fisiológico por tu parte. Perdona, pero...

PISISTRATO: Claro que lo sé. ¡Fui yo quien te desterró!
(Ríen ambos) Era muy joven entonces, y presté oídos a quien no debía. *(Toma a Megacles por los hombros, con gran afecto)* A partir de mi boda, verás como soy el más respetuoso y obediente de tus hijos.

(Entran por la derecha Agarista y su Hija, ésta dando muestras de confusión y timidez.)

AGARISTA: Ven, Pisístrato, abraza a la que va a ser tu esposa. *(Al acercarse Pisístrato, la Hija esboza una reverencia, pero él la detiene y tomándole las manos se las besa con emoción.)*

PISISTRATO: Me haces el más feliz de los hombres al corresponder tan generosamente a mi amor. Tú sola vales ya más que toda Atenas.

(La Hija está turbada, pero muy satisfecha.)

HIJA: Gracias, mi señor.

MEGACLES: Y ahora, disculpadnos. Pisístrato y yo debemos ir a la asamblea.

(Pisístrato toma de nuevo las manos de la Hija, con pasión, y sale tras Megacles por el fondo. Agarista y su Hija quedan solas en escena.)

AGARISTA: Me alegra ver que te ha gustado tu esposo.

HIJA: ¡Oh, sí, madre! ¡Es tan hermoso!

mi esposa. Tras tantos años, estaba acostumbrado a ella. Lloraba de tal forma que he tenido que azotarla, para que aborrezca mi recuerdo.

MEGACLES: También a mí me apena separarme de mi hija, aunque sabía desde que la vi nacer que su destino no iba a ser otro que corroborar en un lecho matrimonial la firmeza de mis compromisos. En fin, para ella es mejor un hombre como tú que un viejo como Licurgo.

PISISTRATO: Y, además, será princesa, no lo olvides.

MEGACLES: Y tú príncipe. No lo olvides tampoco.

PISISTRATO: (*Ríe*) No lo olvido. Y tú serás el suegro del príncipe, y tu influencia será enorme, y gracias a esta influencia, tus parientes, los nobles Alcmeónidas, serán aún más ricos y podrán disponer de Atenas como de otra cualquier de sus fincas. Y como tú eres el jefe de los Alcmeónidas, tú serás así el amo real de la ciudad, aunque yo figure como tirano.

MEGACLES: Me alegra ver que no hay rencor ni amargura en tu voz. Bebamos otra vez por nuestro acuerdo.

(Se sirven dos copas de vino y brindan en silencio.)

PISISTRATO: Dices bien, Megacles. Sería estúpido por mi parte albergar resentimiento alguno hacia tí. (*Bebe de nuevo*) Además el exilio es triste, y ni aún la riqueza lo puede dulcificar. Tú también sabes de esto, ¿no?

MEGACLES: Demasiado. Ya sabes que estuve desterrado cinco años.

ESCENA 8.^a

(Se enciende la jaula de Aristogitón.)

ARISTOGITON: Así es como consiguió Pisístrato ser de nuevo tirano de Atenas. El pueblo lo recibió con alegría, harto de ser esquilado por las grandes familias (*recibimiento entre sombras, en escena*), ignorante del pacto secreto entre el tirano y Megacles. Pero el exilio y la derrota habían enseñado a Pisístrato que no es prudente confiar en hombres ambiciosos, así que, una vez en el poder se aseguró el apoyo de los militares y siguió una política populista, favoreciendo a los artesanos y distribuyendo entre los campesinos las tierras de los latifundistas. Además, para resarcirse de los bienes que antes le habían sido arrebatados, Pisístrato tomó para sí las más ricas minas de plata de Atica, de las que era dueño su propio suegro, Megacles. Tan seguro estaba de la solidez de su trono que, cediendo a las súplicas de sus hijos, volvió a convivir con su primera esposa.

(Se apaga la jaula de Aristogitón.)

AGARISTA: Sí, sí que lo es. Dicen de él que era el general más bello que jamás ganó una batalla, digno de ser esculpido en mil estatuas.

HIJA: ¡Su voz es tan firme y acariciadora a la vez!

AGARISTA: Con ella como sola arma, era capaz de llevar a la asamblea tan fácilmente como otros llevan un borrico del ronzal.

HIJA: ¡Sus manos son tan fuertes y cálidas!

(Agarista cambia el tono, repentinamente seria.)

AGARISTA: ¡Sus manos! *(Aparte, para sí)* ¡Cuánta sangre ha corrido por sus manos!

(Se apaga el escenario.)

(NOTA. Si el Director lo juzga oportuno, puede hacerse un descanso en este punto.)

ESCENA 9.^a

(Se enciende el escenario. Seguimos en casa de Megacles. La sala de la escena 7.^a está ahora llena de gente: Megacles, Licurgo, el coro —formado por el Verdulero, el Mercader y los Vendedores 1.º y 2.º— y los Guardias 1.º y 2.º. Los del coro y los Guardias están pensativos, indecisos; Licurgo, ladinamente satisfecho y Megacles, iracundo.)

LICURGO: Comprendemos tu justa ira, Megacles, pero seguimos sin saber por qué protegiste a una víbora como Pisístrato, casándole con tu hija.

MEGACLES: ¡Fue todo idea de mi esposa! Quería tener un nieto descendiente de Néstor, para emparentar así con los dioses... Yo me opuse a tal locura, pero el padre de mi esposa, como bien sabéis, es el rey de Sición... y no quise enemistarme con él por lo que juzgué tan sólo una cuestión de cama... ¡Fui sorprendido en mi buena fe!

LICURGO: Los dioses son esquivos a la hora de emparentar con los mortales. Es mejor dejarles elegir a su gusto, mientras nosotros nos ocupamos de los pequeños asuntos de este mundo. De nuestros bienes, por ejemplo.

MEGACLES: Tienes razón, amigo mío. *(Apoyando la mano en su hombro, con afecto)* ¡Ah, si hubiese seguido siempre tus sabios consejos!

LICURGO: No hubiésemos perdido nuestras fincas. Mi flota mercante aún sería mía, y tus minas de plata, tuyas.

CORO: Recuperemos las fincas.

MEGACLES: Guarda la compostura, mujer, que estoy tratando altos asuntos con estos ciudadanos.

AGARISTA: ¡Mejor! ¡Que todos lo sepan! ¡Que lo sepa Atenas entera! ¡Ese sucio tirano, ese miserable Pisístrato, se ha atrevido a repudiar a tu hija! ¡A la hija de Megacles, a la nieta del rey de Sición!

MEGACLES: ¡Venganza! ¡Desde este instante, los Alcmeónidas estamos en guerra con Pisístrato! *(A los Guardias)* ¡Disponéis de toda la plata necesaria para armar un ejército!

GUARDIAS 1.º y 2.º: ¡Muerte al tirano! *(Salen)*

LICURGO: ¡Reuniremos una asamblea para expulsar al usurpador! ¡Bajaremos los impuestos!

CORO: ¡Viva la libertad!

MEGACLES: ¡Viva Atenas!

CORO: ¡Qué hermoso es sentirse patriota! *(Salen)*

(Licurgo toma dos copas y ofrece una a Megacles. Se le ve satisfecho.)

LICURGO: A tu salud, Megacles.

MEGACLES: A la tuya, Licurgo, viejo amigo.

(Licurgo ríe y sale. Quedan solos Megacles, Agarista y su Hija.)

MEGACLES: ¡Podríamos hacerlo antes de la cosecha!

CORO: Recuperemos la flota.

LICURGO: ¡Todavía puedo conseguir buenos fletes!

CORO: Recuperemos las minas.

GUARDIA 1.º: ¡Con la plata de esas minas pagaríamos un ejército invencible!

GUARDIA 2.º: ¡Guerreros temibles, que cubrirían a Atenas de victorias y riquezas! ¡El mundo entero sería nuestro botín!

LICURGO: Pisístrato no emprenderá ninguna guerra en mucho tiempo. Necesita la paz para afianzarse en el poder.

MERCADER: Sin campañas victoriosas, el mercado de esclavos sólo da para malvivir.

VERDULERO: ¡Los impuestos son tan altos que nos arruinan!

VENDEDOR 1.º: ¡Sin guerras que nos libren de los jóvenes más agresivos no hay seguridad en las calles!

VENDEDOR 2.º: Atenas no es lo que era.

(Por la derecha entran bruscamente Agarista y su Hija, ésta muy acongojada. Agarista está furiosa.)

AGARISTA: ¡Megacles, esposo mío, hemos sido ofendidos como jamás lo fuera un Alcmeónida!

AGARISTA: ¡Pobre hija mía, has de aprender que los hombres aprecian más el fruto de las entrañas de la tierra que el de las entrañas de una mujer!

HIJA: ¡Padre, por favor, evita que se hable de esto en Atenas!

MEGACLES: El incidente es ya un asunto de Estado. No debes tener miedo a las habladurías de la gente.

HIJA: ¡Mi vientre es asunto mío, no del Estado!

AGARISTA: Calla, hija, no enojés a tu padre. Aún no comprendes muchas cosas.

HIJA: ¡Y no temo las habladurías de la gente, sino su piedad!

MEGACLES: ¡Ya basta! ¡No agotes mi paciencia, o mandaré a tu aya que te mida la espalda con una vara! ¡Llévatela de mi vista, mujer!

(Agarista empuja apresuradamente a su Hija hacia la puerta de la derecha, y salen ambas. Megacles se sirve una copa y ríe.)

MEGACLES: ¡Estás perdiendo facultades, Pisístrato! ¡Si hubieses preñado a la muchacha, mi postura sería más incómoda! ¡Ahora, en cambio, tengo las manos libres para ajustarte las cuentas!

(Mientras Megacles sale, se apagan las luces.)

MEGACLES: (*A Agarista*) Has entrado en buen momento. Necesitaba una cuestión de honor para poner a ese Pisístrato en su sitio.

AGARISTA: Parece alegrarte que tu hija haya sido despreciada.

MEGACLES: No me alegra (*a la Hija*), pero quizás tú habrías podido desviar la ambición de Pisístrato hacia otros derroteros. Una esposa prudente sabe cómo hacerlo.

HIJA: (*Llorosa*) Desde el día de nuestra boda, se mostró conmigo frío y distante.

MEGACLES: ¿Acaso no te ha enseñado tu madre cómo atar a un marido a tu cama?

HIJA: ¡Jamás entró en mis habitaciones!

MEGACLES: ¿Un hombre tan fuerte como Pisístrato? ¡No te creo!

HIJA: ¡Llevó a casa a su antigua esposa y a sus hijos! Yo no era allí más que una invitada molesta. Cuando nos cruzábamos en algún corredor, él se limitaba a saludarme con un gesto de la cabeza. Yo le veía tan hermoso como un dios y sentía arder mi rostro de vergüenza, porque no podía evitar que mi deseo de él fuese transparente.

MEGACLES: Todo irá bien. Tendrás un nuevo esposo y recuperaremos nuestras minas.

HIJA: No, padre, jamás podré curar el fuego que Pisístrato encendió en mí. ¡No hay mina que valga tal desprecio!

ESCENA 10.^a

(Se enciende la luz de la jaula.)

ARISTOGITON: Megacles tuvo su venganza. Se compraron armas, votos y falsos testigos y Pisístrato tuvo que escapar otra vez con los suyos de Atenas. *(Mientras tanto, por el escenario, en el que se ha hecho una suave penumbra, una procesión de fugitivos cruza furtivamente de un lado a otro, con ropas oscuras, cargando bultos.)* Pero esta vez muchos lamentaron el cambio de régimen. Sí, he de reconocerlo, aunque mi odio a los tiranos me ha llevado a esta triste situación. *(Pausa. Aristogitón medita, indeciso.)* Quiero decir una cosa. Es algo muy personal, pero como me puedo dar por muerto, no importa que lo sepáis. Soy un cadáver al que Hades permite un monólogo de vez en cuando, con algún fin que desconozco. Escuchad esto: habrá quien diga que yo organicé una conjura para matar a los hijos de Pisístrato por un torpe asunto de celos. No los creáis. Mi primo Harmodio y yo odiábamos la dictadura paternalista de Pisístrato, y la de sus hijos cuando él murió. Nosotros no llegamos a conocer la democracia, pero nuestros mayores nos hablaban de ella y aprendimos a amarla. Desde niños nos repugnó la idea de que los atenienses se la hubiesen dejado arrebatar a cambio del orden y la abundancia que les prometió la dictadura, porque era fácil prever que el orden sólo era una máscara de la represión y que la abundancia sería real únicamente para los amigos corruptos del corrupto dictador. Además, ¿para qué sirve que la dictadura construya bellas plazas, si no somos libres de decir en ellas lo que nos plazca? Así que Harmodio y yo pensamos que nuestro deber era acabar con los tiranos. Fracasamos, pero al menos lo hemos intentado. Ahora es el propio pueblo de Atenas el

ESCENA 11.^a

(Se enciende la luz en el escenario. En una gran tienda de campaña, Pisístrato habla con sus partidarios. Están presentes Hipias, el Guardia 1.º, el Guardia 2.º, el Coro, formado por el Mercader de Esclavos, el Verdulero, el Vendedor 1.º y el Vendedor 2.º. Una mujer alta y rubia, de gran porte, se apoya con indolencia en Hipias. Los asistentes a esta reunión están de pie, sentados o tumbados sobre los numerosos cojines que cubren el suelo, y beben vino en abundancia. Pisístrato está ya algo envejecido, con la barba gris.)

HIPIAS: ¡Padre, renuncia a tu tranquilo exilio! Sabes bien que Atenas desea verte otra vez protegida por tu mano.

PISISTRATO: Eres tan impaciente como yo a tu edad, Hipias.

HIPIAS: A veces temo que la comodidad de estos años haya dejado roma tu espada.

(El Coro y los Guardias observan a Pisístrato con ansia y duda.)

PISISTRATO: *(Ríe)* No, no lo temas. *(A los otros)* No temáis jamás que mi vocación de poder desaparezca. Ni aún la muerte acabará con ella, pues la dinastía que he fundado reinará por un milenio y los Pisistrátidas serán un día dueños del universo. La sangre de los reyes será mi sangre, su gloria será mi gloria.

(Los Guardias y el Coro se muestran entusiasmados.)

que debe terminar nuestra tarea, aunque temo que los pueblos son fáciles de manejar por unos y por otros, pues la mansedumbre de los pobres es tan inmensa como el poder de Zeus. Harmodio y yo, educados en el amor a la libertad, no hemos podido ser mansos, creo que para bien de Atenas. Un solo consejo os voy a dar: ¡desconfiad de los que predicán la mansedumbre, pues ellos son los que se benefician de vuestra esclavitud! *(Pausa)* Harmodio era hermoso e inteligente, y su carácter era dulce como el de una doncella. Desde la adolescencia nos complacimos con mutuo amor, y nuestra felicidad era envidiada por muchos en la ciudad. El peor de estos envidiosos era Hiparco, que asediaba a Harmodio continuamente con propuestas que ni su desdén merecían: ¡El tirano, en su estúpida lujuria, confundía a mi primo con uno de esos mancebos que venden sus favores a la caída de la noche! No creáis, pues, ninguna calumnia sobre Harmodio: amó y fue amado de forma grata a los dioses, y murió luchando por una causa justa. *(Pausa. Aristogitón llora en silencio; luego, se sobrepone.)* Os decía que muchos lamentarán la marcha de Pisístrato, ya que el tirano supo congraciarse con los campesinos y artesanos. Tenía además Pisístrato numerosos amigos en ciudades vecinas a Atenas, por lo que no le fue difícil conspirar para recuperar el trono.

(Se apaga la jaula.)

PISISTRATO: Sea. Expropiaré las haciendas de mis enemigos y serán repartidas entre los que sois capaces de hacerlas dar su mejor fruto. Construiré templos, avenidas, palacios y estadios que enriquecerán a los constructores, a los dueños de canteras y a los traficantes de esclavos. Mandaré a mis adversarios a fundar colonias en países lejanos, y los armadores de buques verán así aumentados sus fletes. Instruiré al pueblo para que honre a los dioses como es de justicia y los templos se inundarán de exvotos y ofrendas valiosas. Mantendré el orden interno con una milicia fuerte y bien pagada, atendiendo siempre al consejo de mis generales.

HIPIAS: ¡Es una nueva edad de oro la que nos espera!

HIPARCO: ¿Hay quien esté en contra de tan brillante porvenir?

GUARDIA 1.º: El ejército es el garante de la unidad de Atenas. Apoyaremos un gobierno fuerte y sano.

GUARDIA 2.º: Nuestras virtudes son el sacrificio y la disciplina. Ordena, y serás obedecido.

PISISTRATO: Se harán cuatro partes de cada botín: una para los oficiales, otra para la tropa y dos para el trono.

GUARDIA 1.º: No, habrán de ser tres partes: para oficiales, para tropa y para el trono.

PISISTRATO: Convengo en ello. Todos sois testigos de mi palabra.

GUARDIA 2.º: ¡Viva Pisístrato, salvador de la patria!

GUARDIAS: ¡Viva Pisístrato!

CORO: ¡Gloria a los Pisisrátidas!

(Entra Hiparco, y se postra ante Pisístrato.)

HIPARCO: ¡Victoria, padre! ¡Hemos conseguido el apoyo de las ciudades vecinas! ¡El trono de Atenas está de nuevo al alcance de tu mano!

PISISTRATO: ¡Sigo siendo la mano derecha de los dioses! *(A Hipias)* Mi espada aún es mortífera, pero he aprendido a esperar que el cabrito esté bien asado antes de comerlo. ¡Esta vez nadie me arrebatará la corona, esa corona que vosotros heredaréis, y que luego heredarán vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, y así hasta que los tiempos se acaben y las estrellas busquen nuevos caminos en el cielo.

VERDULERO: El comercio será la columna principal de tu imperio.

MERCADER: Los esclavos serán numerosos, elegidos entre los más fuertes. Podrás hacer grandes obras públicas, para gloria tuya y de Atenas.

VENDEDOR 1.º: La riqueza fluirá por las calles como lava por la falda de un volcán.

VENDEDOR 2.º: Pero has de acabar con los oligarcas que acaparan tierras, buques y mercancías. Su codicia ha sido nefasta para la ciudad.

CORO: Nosotros sólo queremos el bien del pueblo.

HIPARCO: ¡Los mismos dioses deberían acompañarte en tu entrada a Atenas! (*Los tres ríen.*)

PISISTRATO: El mejor dios es el que no se mete en los asuntos de los hombres. Tú no les molestas, y ellos no te molestan. Jamás nadie ha visto a un dios bajar del Olimpo a recoger el oro atesorado en sus templos. Los dioses son buena gente.

HIPIAS: (*Señalando a la mujer*) ¿Os habéis fijado en mi nueva concubina? ¿A quién os recuerda? (*La mujer se pone en una postura hierática, como una estatua.*)

HIPARCO: ¡Vaya, hermano! ¡Se parece a la estatua de Palas Atenea! ¡Fíjate bien, padre, es sorprendente!

PISISTRATO: (*Ríe*) Sí, cierto, se parece mucho a la diosa de nuestra Atenas. ¿De dónde la sacaste?

HIPIAS: Un mercader la adquirió, más allá de Tesalia, a una tribu bárbara que andaba errante. Casi no entiende nuestra lengua, pero es muy dócil.

PISISTRATO: Y muy bella. Regálamela cuando te canses de ella.

HIPIAS: Tuya es, padre, pero ha de entrar junto a ti en Atenas. Palas Atenea dejará el Olimpo para acompañar al héroe en el camino hacia el trono.

(*Pisístrato ríe. Hiparco aplaude, entusiasmado.*)

HIPARCO: ¡Sí! ¡Será algo aún mejor que los misterios de Eleusis!

GUARDIA 1.º: ¡Viva! ¡Arriba Atenas! (*Salen ambos.*)

MERCADER: ¡Dispón de nuestro oro, por el bien de la patria!

VENDEDOR 1.º: ¡Votaremos a tu favor en la asamblea, por la grandeza de la patria!

VERDULERO: ¡Haremos correr rumores que te favorezcan, por la unidad de la patria!

VENDEDOR 2.º: ¡Testificaremos contra tus enemigos, y serán desterrados de la patria!

CORO: ¡Qué hermoso es sentirse patriota! (*Salen.*)

(Pisístrato y sus hijos se ponen a gusto, muy satisfechos. La mujer les ofrece vino y frutas.)

HIPARCO: Te admiro, padre. Sabes tratar a la gente con una sabiduría que haría palidecer de envidia al mismo dios Hermes, el tres veces sabio.

PISISTRATO: La Fortuna me eligió desde niño.

HIPIAS: Nuestra madre nos educó sabiendo que éramos hijos de un héroe, herederos de los dioses. ¡Ahora veo, mejor que nunca, que los Pisistrátidas estamos llamados a ser el rayo de Zeus!

PISISTRATO: No te asustes de nuestro poder. Enseguida te acostumbrarás a él y te parecerá tan agradable como un manto de lana en día frío.

ESCENA 12.^a

(Se enciende la luz en la jaula de Aristogitón.)

ARISTOGITON: Pisístrato se presentó a las puertas de la ciudad con un poderoso ejército, pero sus aliados habían inclinado al pueblo a favor del dictador y ningún arma se levantó contra él. Sus enemigos huyeron, mientras los atenienses recibían con júbilo a quien iba a ser su amo de por vida.

(El escenario, con el decorado de la escena 1.^a, se ilumina con luces suaves y cambiantes. Se oye por todas partes el fragor de una multitud entusiasmada, acompañada por tambores y clarines militares. El escenario se llena de gente.)

ARISTOGITON: La esclava bárbara jugó tan bien su papel de Palas Atenea que hasta la misma diosa quedó complacida. Al menos, no hay noticias de que protestase por la suplantación.

(La gente del escenario, que tiene que dar más la impresión de masa confusa que de conjunto de individuos —pueden ir todos envueltos en una misma pieza de lienzo larga, a modo de túnica común, y con falsas cabezas sujetas entre ellas— vitorea ¡Pisístrato! con el ritmo del Sieg-Heil! y aplaude en silencio, gesticulando exageradamente. El sonido se hace obsesivo. Pisístrato aparece por un lado del escenario, coronado, acompañado de Palas Atenea, maquillada y hierática como una estatua. Se arrojan flores y lentejuelas a su paso. Cruzan despacio la escena y desaparecen por el otro lado del escenario. La gente ralentiza sus vítores y movimientos, el

PISISTRATO: ¡Qué payasada! Nadie creerá una cosa así. *(Ríe)*

HIPIAS: La gente simple, sí. Y los demás fingirán creerla.

(Pisístrato duda, pensativo.)

PISISTRATO: Es posible.

HIPIAS: Y uno que finge creer es, a todos los efectos, tan útil como uno que en verdad cree.

HIPARCO: O mejor aún, porque su falsedad le hace nuestro cómplice.

PISISTRATO: Habéis aprendido mucho, hijos míos. Estoy orgulloso de vosotros. ¡Atenas quedará a mi muerte en buenas manos! Organizad todo a vuestro gusto. ¡La misma diosa Atenea me coronará como príncipe de su ciudad!

HIPIAS: ¡Será algo que quedará por siempre en la memoria de los hombres!

(Hiparco e Hipias salen, éste llevando consigo a la mujer. Pisístrato les detiene.)

PISISTRATO: No, déjamela ya. Sólo los héroes podemos yacer con una diosa.

(Hipias e Hiparco salen, riendo. Pisístrato quita la túnica a la mujer. Apagón.)

ESCENA 13.^a

(Se ilumina el escenario, con el mismo decorado de la escena 1.^a, una calle de Atenas. Los personajes son también los mismos de la escena 1.^a, colocados en los mismos lugares: el Verdulero, el Vendedor 1.^o, el Vendedor 2.^o, el Mercader de Esclavos, que cruza la escena con el Desdentado y otros dos esclavos atados a una cadena, y se sitúa junto a una columna. Varios transeúntes curiosean.)

VENDEDOR 1.^o: ¡Higos! ¡Higos frescos! ¡Higos de los sicómoros del noble Cleón, primo del divino Pisístrato!

VENDEDOR 2.^o: ¡Aceite! ¡Aceite muy fino! ¡No rasca el paladar! ¡Aceite de los olivos de un hermano del yerno del gran Pisístrato, bendición de Atenas! *(Aparte, al Vendedor 1.^o):* ¿Tienes sueldo fijo, o nada a comisión?

VENDEDOR 1.^o: *(Al Vendedor 2.^o)* ¡Sueldo fijo! ¿Me has tomado por un funcionario? Yo soy un hombre de negocios, y vivo del beneficio.

VENDEDOR 2.^o: O sea que estás a comisión.

VENDEDOR 1.^o: *(Desinflándose)* Sí. Desde que embargaron mis sicómoros por no pagar a tiempo los tributos, ando a comisión. Gracias a los dioses, Cleón es generoso y me deja vender mis higos. *(Mira temeroso a ambos lados.)* Sus higos, quise decir.

VENDEDOR 2.^o: A mí me ocurrió algo parecido. Perdí mis olivos por un motivo que no acabé de comprender muy bien. Pero todo legal, no creas que me dejo engañar por cualquiera.

sonido decrece hasta apagarse, la luz también se apaga gradualmente.)

ARISTOGITON: Dicen que Pisístrato llegó a creer, al final de su vida, la fábula que él mismo y sus hijos habían inventado. Viejo ya y temeroso de los dioses, no recordaba que su primer cuidado como dictador había sido desfigurar por el fuego el rostro de la esclava y arrancar su torpe lengua de bárbara, para venderla así sin peligro a un traficante que comerciaba con colonias lejanas. ¿Que por qué no la mató? Bien, Pisístrato era un buen administrador y ¿quién mata una oveja si la puede vender, aunque sea a mitad de precio? Y además, ¿quién se preocupa por el destino de una esclava? ¡Atenas tenía otras cosas en qué pensar!

(Se apaga la jaula y:)

(Los Guardias continúan ignorándola, acaban sus frutas y tiran con negligencia los tronchos sobre las bandejas del Verdulero.)

¡El mismo Pisístrato formó con su sello una tablilla de barro reconociéndole como héroe! ¡La tengo en mi casa y rezo ante ella todos los días!

(El Guardia 1.º apoya su pie en el trasero de la Mujer 1.ª y la empuja con fuerza fuera del escenario.)

GUARDIA 1.º: *(Con divertido desprecio)* ¡Loca!

(Los Guardias ríen y salen. El Verdulero quita de sus bandejas los tronchos de los Guardias, y los guarda con precaución.)

VERDULERO: *(A los dos Vendedores)* Disculpad, pero yo también estoy a comisión. Antes tenía una huerta, pero...

VENDEDORES 1.º y 2.º: ¡Qué coincidencia! *(Los tres se agrupan en un corro y hablan entre ellos, trasluciéndose en sus gestos miedo y desconsuelo.)*

MERCADER: *(Al Desdentado)* Otro día sin estrenarnos, Desdentado.

DESDENTADO: *(Castizo)* Natural. Nos tiés muertos de hambre y lucimos menos que un montón de mierda.

MERCADER: ¡Es que si no, os coméis vosotros el beneficio!

DESDENTADO: Allá tú. Yo ya te he avisao.

VENDEDOR 1.º: Y ahora vendes a comisión el aceite que antes fue tuyo.

VENDEDOR 2.º: (*Evasivo*) Más o menos. ¡Silencio, la patrulla!

(*El Guardia 1.º y el Guardia 2.º aparecen por la izquierda.*)

VENDEDOR 1.º: (*Ofreciéndoles una bandeja*) ¡Probrad mis higos, valerosos soldados!

VENDEDOR 2.º: (*Ofreciendo un cántaro*) ¡Untadlos en mi aceite, nobles guerreros!

VERDULERO: (*Ofreciendo unas frutas*) ¿Un poco de fruta para ayudar a la digestión, adalides de Atenas?

(*Los Guardias toman los higos, los untan en aceite, los comen, toman una fruta.*)

GUARDIA 1.º: ¡El pueblo nos quiere!

(*Por la derecha entra la Mujer 1.ª, vestida de luto. Ve a los Guardias y los aborda, con ademanes extraviados.*)

MUJER 1.ª: ¿Conocísteis a mi hijo? Fue, como vosotros, guardia del dictador. (*Los Guardias la ignoran y comen las frutas.*) ¡El solo, sin ayuda, ganó una batalla, partiendo con su gran maza los cráneos de cien enemigos! Era alto y fuerte, tan bello y ágil que cuando combatía parecía estar danzando. Aún lo veo, llevando su yelmo y su escudo, repartiendo la muerte en nombre de los dioses...

MEGACLES: Renovarse o morir. Cediendo un poquito de aquí y otro poquito de allá, podemos obtener mayores beneficios. El mundo cambia y los hombres inteligentes deben adaptarse a ese cambio. Una ciudad de hombres libres es mejor mercado que otra poblada por esclavos. Además, ni siquiera es preciso que sean realmente libres: basta una apariencia de libertad para que los hombres se crean libres. ¡Y que dure! (*Queda inmóvil. Entra Pisístrato.*)

PISISTRATO: Triunfé. Y no por ser elegido por la fortuna. Antes bien, fui yo quien elegí mi fortuna, cuando vi, de muy joven, que los hombres aman ser mandados. Somos pocos los que nos atrevemos a decidir, y en nuestras decisiones descansa el resto de la Humanidad. Si Atenas abdica de su libertad en mi favor, es porque así duerme tranquila. Nadie me llame por ello tirano, sino príncipe. (*Queda inmóvil y entra Solón.*)

SOLON: Las cosas no salieron como yo quería. Es difícil manejar la historia únicamente con bellas teorías. Sólo cuando cada hombre sepa que debe luchar él mismo por su libertad, sólo cuando esto ocurra, cesará el dominio de unos pocos sobre todo un pueblo. (*Queda inmóvil. Se va apagando el escenario, a la vez que:*)

ESCENA 14.^a

(Se enciende la jaula de Aristogitón.)

ARISTOGITON: *(Muy excitado)* ¡Sí, eso es! Cada hombre debe saber que su lucha es vital, si quiere ser libre. ¡Esto es lo que no vimos Harmodio y yo, y por eso fracasamos!

(Con un gran golpe, se enciende bruscamente el escenario. En él están Hippias y los dos Guardias.)

HIPIAS: ¡Sí, y por eso vas a morir! ¡Guardias!

(Los Guardias sacan a Aristogitón de su jaula, entre gritos y forcejeos.)

ARISTOGITON: ¡No, ahora no quiero morir! ¡Ahora tengo algo importante que decir a las gentes! ¡Algo que debo decir!

(Los Guardias fuerzan a Aristogitón a arrodillarse ante Hippias. Este saca un puñal y ríe.)

HIPIAS: ¡Yo mismo te daré la muerte!

ARISTOGITON: ¡Espera! ¡Hay algo que la gente debe saber!

(Hippias apuñala a Aristogitón, que lanza un terrible grito de agonía. La luz se apaga totalmente. Al cabo de unos instantes, la luz se enciende de nuevo. Los actores se comportan como trabajadores que han cumplido su jornada: van saliendo a escena hablando entre ellos de sus cosas, estirándose, saludándose, encendiendo pitillos. Saludan amistosamente al público.)